

las biografías y los testimonios personales, autobiográficos; la vuelta a los orígenes (cargada de un cierto romanticismo impregnado de melancólica añoranza); la novela histórica y la novela erótica. Todo ello sin abandonar en ningún momento la visión crítica, sarcástica y esperpéntica de la realidad que había sido característica de su segunda y tercera etapas.

Así, a partir de *Memoria de pecado* (1979), Rodrigo Rubio retorna, cada vez más, al tiempo de su adolescencia, de su juventud, tal como ya había hecho en los libros de su primera etapa, aunque ahora lo hace con un estilo y una intención más agresivos que en aquéllos. Siguen estando presentes, por tanto, el mundo rural de los campos de Montalvos y Monsalve -el pueblo real y su trasunto literario-, el caciquismo, la estrechez mental de algunas de sus gentes, la liberalidad de muchas otras, la escasa y represiva educación recibida en torno al amor y al sexo, y todos esos tipos forman parte del mundo literario de Rodrigo Rubio: Tinejo, la Casi Alegrías, las Otairinas, etc.

Además, como se puede observar en su siguiente novela, *Banco de niebla* (1985), la permanente obsesión de Antonio, su protagonista, la constituyen las paredes que lo aprisionan, las cuales forman una pequeña celda desde la que no le está permitido ver el campo. La celda en que se ha convertido su despacho, dotado de doble cristal para no oír los ruidos de la calle, ni siquiera le deja ver el sol. Tan sólo le cabe la posibilidad de buscar la libertad del espíritu, la única libertad que está al alcance de su mano. Porque la otra libertad, sinónimo de vida, amor y risa, sólo se encuentra donde existe el olor a tierra mojada.

Este deseo de huir, en el tiempo y el espacio, hacia las añoradas y cada vez más lejanas tierras manchegas, se contrapone con el presente de los años noventa, el tiempo de la sequía, la guerra de Yugoslavia, el paro, las drogas, las violaciones o el sida, y la consecuencia lógica de esa explosiva mezcla no puede ser otra que el asco y los vómitos, como le ocurre a Juan Manuel, el protagonista de *Fábula del tiempo maldito* (1997).

De modo que, tanto para el propio Rodrigo como para sus personajes, esa dura, fría y desesperanzadora realidad hace que la única vía de escape posible sea la de la constante inmersión en sus mundos propios, gracias a los continuos viajes a través de la memoria, a los recuerdos de unos tiempos pasados que, como casi siempre suele acontecer, fueron mejores que el presente desde el que se van escribiendo las distintas novelas. Es decir, el escritor albaceteño se sumerge de lleno dentro de lo que podríamos calificar como la añoranza del mundo perdido, de todo aquello que el tiempo se llevó, con unos tonos que nos recuerdan mucho la preocupación por la intrahistoria que siempre manifestara Miguel de Unamuno. Por cierto, otro de sus escritores favoritos.